







SANTO DEL DIA.

San Julian mártir, Santa Basilisa virgen, San Marcellino ob. y Sta. Marciana.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 8 de Enero.

Table with columns: HORAS, Barómetro reducido a 0° en milímetros, TEMPERATURA EN GRADOS, Direccion del viento, ESTADO DEL CIELO.

BOLSA.

COTIZACION OFICIAL DEL DIA 8.

Fondos públicos. 3 por 100 consolidado al contado, 35-55. Idem a fin de mes, 35-70.

Avila, 1/2, d. Badajoz, 1/2, d. Barcelona, 1/4, b. Bilbao, par.

Tocino añejo, 0'284 a 0'306. Idem fresco, 0'280 a 0'288. Idem en canal, 6 a 6'200.

MERCADOS.

Segun los partes del Corregimiento, el 4 quedaron a los precios siguientes: Por mayor. Carne de vaca, de 3'900 a 4'100.

REAL.—Funcion 64 de abono.— Primer turno, par.— A las ocho y media «Faust.»

Editor responsable, D. José García. Madrid.—1868. Imprenta de Faraldo y Pastor, Torija, 14.

SECCION DE ANUNCIOS.

LA NACION,

DIARIO PROGRESISTA.

POLITICO, ECONOMICO, ADMINISTRATIVO, CIENTIFICO Y LITERARIO.

SE PUBLICA EN MADRID TODOS LOS DIAS.

LOS DOMINGOS PUBLICA EDICION LITERARIA.

HACE TRES EDICIONES DIARIAS.

En MADRID: Un mes, 10 rs. En PROVINCIAS: Tres meses, 36.—Seis, 72.—Un año, 130, suscribándose en la Administracion, girando a su favor, ó enviando sellos de correos en cartas certificadas.

GRAN BARATO DE CALZADO.

El dueño de la zapateria de la Plaza de Santo Domingo, num. 12, frente a la calle de la Bola, y de la de la calle del Desengaño num. 22, agradecido a tanto como le favorece el público de esta Corte, sigue mejorando cada dia mas el calzado, que compete con el mejor en duracion, sin embargo de desaharlo a los precios mas económicos que se conocen, y son los siguientes:

Para caballero. De becerro de una suela a 28 rs.—Idem de dos suelas a 30.—De chagren de una suela a 32.—Idem de dos suelas, a 36.—De charol fino y de vaca, de una suela, a 36 y con dos suelas a 38 rs.

¿A LA LUZ MAS ECONOMICA. Gran depósito de gas Mille y petróleo de Nueva-York, Calle de Preciados, num. 60.—Completo surtido de toda clase de aparatos para su uso, desde el mas pequeño de bolsillo, hasta el mas elegante para tocador. Lámparas de todos gustos y para carruajes.—Abundancia y baratura.—Precios: Desde 4 hasta 60 rs. uno.—Gas Mille de primera, a 3 rs. litro (unos dos cuartillos).—Petróleo de primera calidad, a 15 cuartos cuartillo.

NUEVA FÁBRICA DE SOMBREROS de copa, de Rica Pelaez, calle de Preciados, num. 25.—En dicho establecimiento hay un gran y esmerado surtido de sombreros a los precios siguientes: Clase superior, 70; primera clase, 60, y segunda, 50 y 46 reales; de copa de castor, a 60 y 70 reales. Tambien hay de hombre y niño sombrero, llamados marineros.

GRAN BARATO DE CALZADO, calle de Fuencarral, num. 12, Sucursal, Hortaleza, 52.

En estos acreditados establecimientos se encontrará constantemente un abundante y variado surtido de calzado de superior calidad a los precios siguientes:

Charol de vaca de dos suelas clavadas a 48 rs.—Charol fino enterizo a 42.—Idem de cañas de varias clases a 38.—Chagren con puntera a 36.—Becerro mate lisas ó con puntera a 44.—Idem idem con adornos y con ojete a 46.—Idem de dos suelas claveteadas a 42.—Idem finas a 38.

Rusel con puntera a 24 rs.—Chagren con puntera escarpines a 26.—Idem rebatidas a 30.

LA PENINSULAR.—ESTA COMPANIA abrirá el pago de los cupones de subobligaciones hipotecarias desde el dia 2 del proximo Enero, bajo facturas que se facilitarán en sus oficinas. El pago de intereses de las imposiciones principiara el 1.º de Febrero. El despacho estara abierto de doce a tres en los dias no festivos, en la Carrera de San Gerónimo, num. 53, cuarto bajo.—Madrid 31 de Diciembre de 1867.—El director general, Pascual Madoz.

reposar el pié, y no habia temor de caerse al sentarse en una silla; la vieja criada que constituia toda la servidumbre, habia pasado mucho antes de acostumbrarse a barrer y a limpiar los muebles; habia comenzado por murmurar contra las fantasias de la jóven, que queria que se limpiasen los objetos cubiertos de polvo, lo cual era inútil, porque, decia, para qué viene quitar ese polvo hoy si mañana habrá otro tanto; pero Rosa María le habia dado el ejemplo, y poco a poco la paisana habia comprendido el aseo, y se habia penetrado de que no es tan superfluo el lavarse todos los dias.

Habian dado ya las cinco en el reloj colocado en la gran sala del piso bajo, donde se comia en casa de Gerónimo Gogó. Las cinco, y Rosa María habia salido a las ocho, despues de desayunarse, para ir a Fontainebleau, y ella acostumbraba estar de vuelta a las tres horas de la comida, y en que su padre volvia del campo. Gerónimo estaba muy intranquilo; a cada instante se levantaba de su puesto e iba a asomarse a la puerta de la casa, miraba a lo lejos el camino, volvia a entrar y salir de nuevo, exclamando:

—¿Qué será lo que detenga a Rosa tanto tiempo? Sabe que nuestra comida está siempre lista a las tres... que a esta hora vuelvo del trabajo, y que me da mucha pena comer sin ella...

—Si quereis comer sin esperar a la señorita... —¿Comer sin mi hija? No, no tengo ganas. ¡Es muy singular! Es la primera vez que vuelve despues que yo del campo.

La vieja sirvienta trataba de calmar la inquietud de su amo, diciéndole:

—La señorita habrá sido detenida mas tarde en Fontainebleau por esa señora en cuya casa ha aprendido a coser tan bien y a hacerse los vestidos... habrán querido acabar hoy alguna cosa... la señorita es tan complaciente que no se habrá atrevido a rehusar.

—Sí, sí; ya sé que no puede ser mas que eso... sin embargo, mi hija sabe lo que me gusta encontrarle al volver del trabajo, que no deseo mas que abrazarle y darle un golpecito en la mejilla... sabe que podria inquietarme, atormentarme, viendo que no volvia... y ella que es tan buena y tan previsora para su padre... como es que me deja esperarle dos horas, preguntándome si puede haberle sucedido... ¡Ah diablo! desde hace algun tiempo ya todos los dias a la ciudad... tengo miedo de que acabe por tener algun mal encuentro... como es tan bonita mi Rosita...

si algun mal sugeto le hubiese seguido... sorprendido...

—¡Oh, señor, no se os metan esas ideas en la cabeza! ¡Acaso la señorita iria a dar oídos al primero que llegase? ¡Ella que es tan sabia, tan modesta!

—Sí, ya sé que mi hija es discreta, Marion; pero la virtud no está garantida de los ataques de un mal sugeto, de un bribon.

—¡Bah! no temais, no hay peligro, nostramo; de aquí a Fontainebleau se encuentra mucha gente... muchas habitaciones en el camino...

—Sí, cuando no se toma por el bosque; ya he suplicado muchas veces a Rosa que no tome por él... pero a las jóvenes les gusta correr, buscar flores... y además, cuando hace calor, como hoy, se prefiere la sombra al camino abierto. ¡Dios mío si habrá hecho esto Rosa y habrá tenido algun mal encuentro...

—Pero ¿por qué imaginar eso, señor?

—¿Por qué?... ¡pero no ves que el tiempo pasa y que mi hija no viene! ¡Ah! ya no puedo esperar mas, voy a correr a Fontainebleau a casa de la señora Duran... a ver si Rosa está allí todavía, a preguntarla a qué hora ha salido, y despues... ¡Oh, es necesario que yo encuentre mi hija, que sepa lo que ha sido de ella!

Y sin escuchar mas a su sirvienta tomó Gerónimo el sombrero y el baston y salió de su casa: se dirigia hacia Fontainebleau, pero apenas habia dado veinte pasos cuando apercibió una jóven que corria hacia él. Lanzó un grito de alegría habiendo reconocido a Rosa María.

La jóven se arrojó a los brazos de su padre exclamando:

—¿Estabais inquieto por mí, no es verdad?

—Sí, sí, hija; volver tan tarde, picarona... pero ya te tengo y no quiero reñirte.

—¡Mi buen padre!

—Sí... mas tú estás pálida... tus facciones están alteradas... ¿te ha sucedido algo? Razon tenia yo en estar inquieto!

—¡Ay, sí, padre mío! ¡He tenido mucho miedo! ¡Vamos!

—¿Miedo, pobre niña? Ven a reposar y a contentarme todo eso.

Gerónimo entró en su casita con su hija, la hizo sentar, la obligó a beber un poco de vino, y colocándose despues delante de ella, le tomó las manos esperando ansiosamente que le dijese lo que habia pasado.

Rosa María refirió entonces a su padre el atentado de que habia sido testigo, repitiendo exac-

pistolas... yo me encargo de todo. Te respondo de que esto es asunto de un momento. Una vez la cartera en nuestras manos, yo mismo doy un buen latigazo al caballo, que partirá en el caballero, sin que a este, e-toy seguro, le den ganas de volver la cabeza.

—¡Oh, yo tiemblo!

—Me das lástima... el viajero se aproxima... voy a ponerme allá abajo.

Al pronunciar estas palabras el que habia hablado el último y manifestado mayor resolucion, salió de entre los árboles, atravesó el camino como un relámpago, y se puso en observacion detrás de un árbol. Su compañero se quedó donde estaba; pero dió algunos pasos, aproximándose al camino, volviendo a cada instante la cabeza y mirando con espanto en torno suyo.

Rosa María lo habia escuchado todo y su terror no hacia mas que crecer, porque habia comprendido bien que los dos hombres que estaban a pocos pasos de ella, tenian la intencion de cometer una maldad, de robar a alguno; y si llegaba a saber que habia tan cerca de ellos un testigo de su crimen, ¿quién sabe si el temor de ser reconocidos no les impulsaria a cometer un atentado mas horrible todavía?

Así era que la pobre jóven apenas si osaba respirar; pero no obstante, la curiosidad que habia sido en todos tiempos un sentimiento mas irresistible para las mujeres que el mismo miedo, a juzgar por las tradiciones mas antiguas, comenzando por la de la mujer de Lot y acabando por la señora Barba-Azul, la curiosidad sostuvo las fuerzas de Rosa María e hizo que apartara muy dulcemente el ramaje a fin de apercibir lo que iba a pasar... Despues, mirando siempre, imploró fervorosamente al cielo para que enviase gente, paisanos ó paseantes por aquel lado, y los dos ladrones se viesen obligados a renunciar a su infame proyecto.

El trote de un caballo resonó sobre el camino de Tomery; bien pronto apareció un viajero montado sobre una modesta cabalgadura que bajaba humildemente la cabeza hacia la tierra. El caballero era un hombre de sesenta y tantos años, pero fresco, dispuesto, bien portado, y cuyo aspecto rubicundo y alegre anunciaba la salud y el buen humor. Su traje era el de un buen hombre de la ciudad ó el de un paisano rico; llevaba una especie de vesta de caza de paño verde, sobre la cual brillaban botones de metal blanco, un pantalon de dril sin botines, y que el movimiento del caballo habia ido levanta-

tan lo hasta dejar ver lo alto de sus botas, una corbata de color que rodeaba su cuello, y un sombrero redondo de anchas alas y bajo de copa cubria su cabeza y resguardaba perfectamente su rostro del sol. Tal era el personaje que avanzaba trotando, llevando a la grupa una maleta y un saco de noche, y teniendo en la mano una pequeña varilla, cortada frescamente de una encina, que le servia de latiguillo.

—Vamos, Carnero, vamos, ya no estamos muy lejos de Fontainebleau... allí reposarás y comerás avena... ¿no tienes hambre, mi viejo Carnero?

Diciendo esto, el viajero daba con la varilla al caballo, pero tan dulcemente, que parecia que su intencion era mas bien la de acariciarlo y espantarle las moscas que la de obligarlo a apretar el paso.

Apenas el viejo caballo hubo llegado a la entrada del sendero, cuando el que se hallaba montado encima dió un grito de espanto. Era que los dos hombres que le acechaban acababan de salir de entre los árboles, lanzándose como un rayo a la cabeza de su cabalgadura. No tuvieron necesidad de detenerlo; el pobre animal, que parecia tener tanto miedo como su amo, se detuvo por sí solo.

El viajero quiso murmurar algunas palabras, algunas súplicas; pero uno de los dos hombres no le dió tiempo, y colocando el cañon de una de sus pistolas sobre el pecho del anciano, le dijo:

—¡Tu cartera, pronto, ó eres muerto!

El viajero no soñó siquiera en resistirse; anduvo buscando en su bolsillo de pecho, sacó una cartera y la presentó a uno de los ladrones, balbuceando:

—No me hagais mal, al menos... ya veis que no soy rico.

Aquel a quien se dirigian estas palabras, se apresuró a abrir la cartera para asegurarse de si estaba en ella la suma de que sabia ser portador el viejo. Una ojeada le bastó para apercibir un paquete de billetes de Banco. Se separó entonces dos pasos, dió un fuerte golpe sobre la trasera del caballo, y esto volvió a partir al trote, llevándose a su amo que rebuscaba todavía en su bolsillo para dar tambien la bolsa a los ladrones.

—Negocio concluido, dijo el hombre de la blusa que habia amenazado al viajero; el pobre hombre no habria dado hasta su saco de noche si se lo hubiéramos pedido; pero lo que tenemos es mejor... vamos, ven, apresurémonos a re-